

LITERATURA

El coleccionista de collares, novela de Alfonso López Araujo

Francisco Proaño Arandi¹

¹ Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano (sp) y escritor.

En una suerte de exacta sincronía con los tiempos que vivimos aparece esta tercera novela de Alfonso López Araujo, un narrador y destacado diplomático de carrera ecuatoriano al que parecen preocuparle de manera sensible aquellas desfiguraciones humanas que, contra el orden ético, el sentido común o el simple buen convivir entre prójimos emergen desde siempre, sí, desde siempre, pero que se visualizan con especial virulencia en una época signada por la globalización y el impetuoso avance de los medios tecnológicos de comunicación, espoleados sin duda por el desbocado consumismo, la fascinación del dinero bajo el capitalismo y, no pocas veces, por el afán de poder.

Inscrito a plenitud en el marco que hemos subrayado, *El coleccionista de collares* indaga de paso en la génesis y desarrollo de algunos de los flagelos que hoy nos afectan más que nunca, como representativos de la creciente deshumanización contemporánea, esa cada vez más acentuada indiferencia ante lo monstruoso que experimentamos cotidianamente, gracias a la presencia de los medios digitales en nuestra vida. Indiferencia o familiaridad como inevitable secuela

de toda esa parafernalia mediática que, fatalmente, nos amaestra o acostumbra a aceptar lo anormal como normal: un efecto antropológico que no es de ahora: ya por la segunda y tercera década del siglo XX algunos grandes escritores lo intuían ya y fabulaban sobre ello. En nuestro país, Pablo Palacio, en la encrucijada de la década de 1920 entre la irrupción de las vanguardias y el aldabonazo del realismo social lo señalaba en su trilogía esencial: los cuentos de *Un hombre muerto a puntapiés* y las novelas *Débora* y *Vida del ahorcado*. En el ámbito universal, Franz Kafka, presentía el advenimiento de los futuros campos de concentración y del absurdo radical con que a veces, y cada vez con mayor frecuencia, se caracteriza la aventura del hombre sobre la tierra.

López Araujo despliega una especie de palimpsesto sobre la realidad que podemos advertir en el decurso de nuestra historia actual y reciente; una doble lectura que va más allá del texto de esa realidad e indaga en sus intersticios y tras bastidores, vale decir en los bajos fondos de la condición humana; una radiografía, en fin, de la sociedad contemporánea a través de las peripecias existenciales de unos cuantos personajes.

Cabe al respecto detenerse en algunas de las técnicas o estrategias narrativas que el autor utiliza para alcanzar ese resultado, lo que hemos denominado palimpsesto o radiografía.

La trama, al cabo, como queda dicho, compromete en un solo haz histórico a las criaturas de la novela, haciéndolas copartícipes voluntarias o involuntarias del mismo clima deshumanizado o deshumanizador del cual, de un modo u otro, nadie saldrá realmente impune, pese a lo que en la contratapa del libro se dice: “Vemos que, al finalizar el día, siempre existirá la esperanza de un mundo mejor”.

Desde un principio, el narrador, una de las funciones básicas de la novela, de toda novela, procede escalonadamente, en una yuxtaposición de puntos de vista, a contarnos las vicisitudes de dos grupos de personajes que nada tienen que ver entre sí: pero, tras proyectar su mirada sobre los divergentes mundos de unos y otros protagonistas, va finalmente aproximándolos, llegando a enlazarlos a la hora de descifrar los enigmas y acelerar el desenlace. Vidas aparentemente ajenas unas de otras, aunque entreveradas en ese “cajón de sastre”, denominación con la cual el narrador va separando los distintos capítulos y subcapítulos. La trama, al cabo, como queda dicho, compromete en un solo haz histórico a las criaturas de la novela, haciéndolas copartícipes voluntarias o involuntarias del mismo clima deshumanizado o deshumanizador del cual, de un modo u otro, nadie saldrá

realmente impune, pese a lo que en la contratapa del libro se dice: “Vemos que, al finalizar el día, siempre existirá la esperanza de un mundo mejor”. Eso reza la contratapa; sin embargo, observando lo que sucede en nuestro más próximo entorno y en el mundo –la impunidad, la violencia, el cinismo de algunos–, permítanme que discrepe. Más allá de lo que en definitiva podrán alcanzar algunos de los personajes de la novela, e incluso por sobre la mirada hasta cierto punto optimista del narrador –no sé si del autor–, la realidad a la cual el relato se remite, esto es, nuestra realidad, la que vivimos, emerge, por el momento, nada esperanzadora. Basta leer los periódicos de la fecha.

Lo que hemos señalado, es decir, la forma en que el narrador conduce el aproximarse de los distintos grupos de personajes, está construido con los recursos del thriller. Ello da pábulo, en el curso del relato, a un ritmo trepidante, propio de ese género, vertiente de la narrativa contemporánea que, junto con llevar al lector al descubrimiento de la verdad, permite desmontar andariveles de la sociedad, tales como la corrupción de la clase política y de los núcleos empresariales, por ejemplo. Posibilita, digamos, por la vía de la ficción, desenmascarar aquellas instancias del poder que son, inevitablemente, los rostros del mal. Tal parece ser uno de los temas centrales de la obra.

Por otro lado, la novela apela a una estrategia singular: la de la novela dentro de la novela. Insensiblemente iremos descubriendo que quien en realidad redacta los capítulos denominados como cajón de sastre es uno de los personajes protagónicos de la narración. Descubrimos que en esos capítulos es

él, ese personaje preciso, quien nos relata en verdad el fondo de lo que está aconteciendo, sucederse de hechos que en realidad son manipulados por ese extraño contador de la historia. De manera que tenemos tres funciones o niveles de narración: el propio del autor, el del narrador y el acometido por aquel personaje encubierto bajo el recurso llamado “cajón de sastre”.

Decía que hay una suerte de exacta sincronía entre la aparición de *El coleccionista de collares* con la época que vivimos y por ello también, subrayaba yo, que, si bien en la novela el narrador pudiera pergeñar un último capítulo donde el bien se afianza y hay como un conato de esperanza, tal como se señala en la contratapa del libro, en la realidad aquello, esa esperanza, se desvanece, se desplaza, nos rehúye. Me explico:

¿Cuáles son, entre otros aspectos, los temas que la novela, como si se tratase de una radiografía, nos cuenta y revela? Uno de esos grandes temas es precisamente el de la corrupción, un flagelo que, como nunca antes, nos afecta ahora con especial virulencia. Otro deviene de los núcleos familiares mal constituidos, de la indiferencia, de la insolidaridad, claves para la emergencia de males como los que nos sobresaltan a diario: el femicidio, los asesinatos en serie y, más adentro, en los laberintos insondables del ser humano, otras realidades mucho más profundas: el odio entre familiares cercanos por ejemplo, venganzas insólitas, la destrucción psicológica que suele darse, a veces sin palabras, entre seres que participan del mismo espacio familiar y vital.

En definitiva, a través de la inquisición en estos grandes temas, el autor proyecta a la par su preocupación

hacia las verdades de una sociedad, de un tiempo y de una clase. Descodifica usos y comportamientos. Avanza hacia la intelección de algo que podríamos definir como la raíz del mal: ¿el poder? ¿El dinero? ¿El hedonismo? ¿Lo que la filósofa y teórica política alemana Hannah Arendt llamaba la “banalidad del mal”? ¿La trivialización del mal en esta sociedad del espectáculo? Todo ello constituye la indagación central de esta novela, una indagación que se adelanta sin moralismos, desplazando simplemente en la sucesión de los acontecimientos esa mirada que es también la del lector; la de todos nosotros.

Los personajes son tratados sin maniqueísmos, escindidos entre su parte angélica y la contraparte oscura del ser: juguetes a veces del destino, otras imponiendo sus designios, pero siempre como subproductos y aún excrecencias, si vale la palabra, de la realidad que los determina y configura. Nuestra realidad, lamentablemente.

En todos los sentidos anotados, *El coleccionista de collares* resulta una crónica novelada, un texto con personajes de la época que vivimos –como ya lo dije–, época sobre la cual y frente a la cual, López Araujo ha desplegado una mirada desapasionada, tremendamente objetiva, que nos conmueve y transforma: quizás este sea el otro objetivo final, no por intención deliberada del autor, sino por ese enlace entre la ficción y la verdad que nos sobresalta y persigue, en el insomnio, el sueño y sobre todo, en la vigilia.